

HQ1123
A2
G35



FONDO HISTORICO
R GARDU GOVARRUBIAS

155404

INTRODUCCION.



ase procurado reunir en el presente libro la memoria de aquellas mugeres que ejercieron en su país y en su época alguna notable influencia; ya directamente cuando su posicion social lo dió de sí, ya indirectamente cuando la tuvieron en hombres de los que por autoridad ó genio son llamados á conmover el mundo de las cosas ó el de las ideas.

Representa el Amor un gran papel en estas páginas, y con derecho, pues él es la palanca de que las mugeres se sirven para levantar pesos á sus fuerzas superiores. Verásele pues, bajo todas sus distintas formas : político y ambicioso en Reinas; ideal en castas heroínas en su honestidad encastilladas; culpable y arrepentido en las frágiles; calculador en las codiciosas; sensual y no mas en las que no lo purificaron al fuego de la Divinidad; y celestial, en fin, cuando siendo y llamándose el Santo Amor de Dios, se derrama sobre la humanidad entera en actos de caridad y abnegacion.

La accion del hombre sobre la sociedad es colectiva, en cuanto cada una de sus individualidades excepcionales por saber ó fuerza, atrae á sí las otras, las absorve, se las asimila, por decirlo así, y de tantos y tan diversos elementos constituye un todo potente y activo. Sucédele á la muger lo contrario: su accion no solo es casi siempre individual, sino además indirecta; porque, llamados los hombres á gobernar el mundo, ó al menos creyéndose á ello llamados, y estribando la fuerza femenina en el Amor, tiene este por necesidad que concentrarse para producir efecto en un solo individuo. Cuando el así preferido es, por cualquier concepto, un hombre de genio, bien puede decirse que una gran parte de su gloria se la debe á la muger que le amó, aun cuando á aplaudirle y admirarle se limitara — No hay medio pues de negar, por oculto que nos parezca, el poder real y efectivo de la muger; poder que comenzó á hacerse sentir en el primer hombre, y que no ha cesado desde entonces de existir y de imperar, resistiendo á todo género de tiranias, y burlando con su astucia todas las brutalidades de la violencia.

En presencia de tal poder naturalmente se inclina el ánimo á indagar la condicion de la muger en las diferentes épocas de la civilizacion que nos son conocidas y constituyen la historia del género humano.

¿ Quién duda hoy de que la muger es igual y compañera del hombre, si bien en la sociedad destinada á distintas funciones? Y sin embargo la antigüedad entera, desconociendo al parecer esa verdad inconcusa, nos ofrece el triste espectáculo de una mitad del género humano duramente tiranizada por la otra. Para el hombre la esclavitud no era algunas veces mas que puramente eventual; pues si el que libre naciera podia por la suerte de las armas verse á servidumbre reducido, era como cuando hoy un revés de fortuna nos reduce á la miseria del proletario: mas la muger, en el mero hecho de serlo, nacia, por decirlo así, predestinada al yugo. Acúsase con frecuencia al Islamismo de haber establecido el régimen de la claustracion femenina, y es un error: el Koran no hizo mas que consa-

grar una costumbre universal é inmemorial en el Oriente, donde las mugeres, meros instrumentos de placer para el hombre, tardaron poco en ser, en consecuencia, juguetes tambien de su vanidad, cuando no víctimas de sus estúpidos furores. Allí, nos dice Gibbon, y allí solo se veia al marido de tres mil mugeres que, celoso de todas ellas, degüella sin misericordia á tan desdichadas criaturas, para que en vida no las profane, ni con sus miradas, otro hombre: la muger, en resúmen, convertida en cosa, era en el Oriente propiedad de su dueño, que de ella usaba ó abusaba cómo y segun le convenia.

Puestos en íntimo contacto con los Orientales, ya por la guerra ya por el comercio, contamináronse presto los Griegos, y alteradas sus propias costumbres por la nueva civilizacion y las riquezas, adoptaron en cuanto á la muger las de aquellos, no sabemos si por espíritu de imitacion, por necesidad, ó porque les pareciese mas cómodo encerrarlas que comprar su fidelidad á precio de perseverante vigilancia, ó de galantes rendimientos. A la verdad, lo que en Asia la fuerza, hiciéronlo en Grecia las costumbres y conveniencias sociales, tanto ó mas eficaces muchas veces que las leyes; y por eso Pericles, en la arenga que Tucídides le presta, podia decir al terminarla de esta manera: — « Si en cuanto á las matronas que de enviudar acaban, me es forzoso decir algo relativo á lo que su virtud debe constituir, á muy pocas palabras reduciré los consejos que dárselos pueden. *Conteneos en los deberes impuestos á vuestro sexo: tal es vuestra gloria mayor; y esa la alcanzan aquellas de cuyos vicios y de cuyas virtudes mismas, se habla menos entre los hombres.* »

Como se ve, la gloria de la muger conquistábase entonces en el retiro y soledad del hogar doméstico, máxima que, segun su costumbre, simbolizaban los Griegos en los monumentos del arte, y que inspiró sin duda á Fidias cuando representó á Venus, en la estatua que de esa diosa le encargaron los de Eleonte, con la planta apoyada sobre una tortuga. Merced á tal aparente puritanismo, eran los Atenenses, fuera de sus casas, los hom-

bres mas libres del mundo, y aprovechábanse sin escrúpulo del privilegio en sus relaciones con las cortesanas; relaciones no, como quiera, efímeras y fortuitas, sino con el carácter de preferencias declaradas, y á veces tambien con el de una pasión verdadera; lo mas digno de notarse en todo ello es la singular contradicción de principios, peculiar á lo que parece del Occidente y cuya causa vale acaso la pena de inquirirse, que se desprende de la conducta y sentimientos de los Atenienses en materia de relaciones con el bello sexo, segun que se trataba de la esposa ó de la manceba: pues celosos con la primera, resignábanse fácilmente á partir con otros los favores de la última. Otro tanto estamos hoy viendo á todas horas, sin que nos asombre: mas como quiera que sea, las *cortesanas* griegas brillaron radiantes, contribuyendo á ello no poco el contraste de la profunda oscuridad en que vivian envueltas las madres de familia.

Como en el Oriente y como en Grecia, vivieron las mugeres tiranizadas durante la civilización romana. En la mesa misma, íntima cotidiana asamblea de familia, una humillante distinción les recordaba su inferior categoría, pues que un raso taburete era su asiento, mientras que los hombres comían en lechos reclinados. Hoy todavía en las provincias meridionales de la Francia como en algunas de España y Portugal, y muy probablemente en Italia, donde quiera, en fin, que todavía el espíritu innovador del siglo no ha extirpado completamente las costumbres romanas, comen de pié las labradoras mientras que sus maridos y sus propios hijos adultos sentados á la mesa. Y nótese esto bien: siempre que la muger desempeña ocasionalmente funciones propias del hombre como trabajador, entra aquella á gozar de los privilegios de este, y se sienta con él. No hay ley seguramente que tal prescriba; la costumbre, la conveniencia social lo hace todo.

Sabido es cómo leyes y costumbres romanas trataban á la muger, comenzando por prohibirles el uso del vino, é imponiéndoles para garantizar la observancia de aquel precepto, la obligación de besar en la boca á su marido, su padre, ó su hermano, siempre que de fuera entraba en

la casa alguno de ellos. Mugeres hubo repudiadas, segun Valerio Máximo, por haberse presentado en público sin velo: casadas, estaban bajo la tutela de sus esposos; viudas, volvian á caer bajo las de sus padres ó hermanos, viviendo así en perpetua infancia. ¿Quién no conoce la grosera filosofía, con que Metelo proclamaba que la muger no pasaba de ser un mal necesario? Pues todavía Caton, el antiguo, las trata con mas excesiva severidad diciendo: « Fuera del caso de divorcio, el » Marido es el Juez natural de su muger, y tiene con respecto á ella la » autoridad de *censor*: una autoridad ilimitada, que se extiende á castigarla si cometió acción reprensible ó vergonzosa; á sentenciarla si » consiente familiaridades de algun extraño... » Y en otro lugar añade: « —Si sorprendes á tu muger en adulterio, puedes impunemente matarla » sin forma de juicio siquiera: mas ella aun cuando á ti te sorprendiese, » no osaria tocarte con un dedo, porque no tiene derecho para ello. »

Tan horrible tiranía encontraba empero sus diques en las leyes mismas y en las pasiones de sus autores, haciendo de la *dote* de la muger, un antemural que hasta cierto punto la protegiese. Ella á la verdad no podia ni pedir el divorcio, habiéndose reservado al marido la iniciativa de aquel heroico remedio: pero como la disolución del matrimonio llevaba consigo la devolución de la *dote*, contando la muger con la avaricia de su esposo, hacíasele impunemente insoportable.

Llenas están las comedias de Pláuto de las lamentaciones de aquellos tiranos esclavos; y sin embargo no era el indicado el único recurso que la muger tenia contra el conyugal despotismo. En efecto, como parte de su dote aportaba la muger al matrimonio cierto número de esclavos, que continuaban siendo suyos, y podia poseer un *peculio*, ó capital en dinero, sobre el cual no tenia su marido derecho alguno. ¿Ocurríale al esposo una urgencia de metálico? La muger, por medio de alguno de sus propios esclavos, le prestaba dinero; y desde aquel momento surgia en la familia una lucha verdaderamente cómica, entre la dignidad del esposo y el miedo

servil del deudor. Así el Moliere latino ha podido pintarnos á los señores del mundo tan humildes en sus casas, como altaneros en el foro. Probablemente muchas mugeres favorecian con sus préstamos, á sabiendas, los vicios de sus maridos, prefiriendo su propia independenciam á la siempre dudosa fidelidad de un esposo : mas como solamente á la riqueza era dado adquirir la casi-independencia, cuyos resortes hemos indicado, compréndese fácilmente cuán numerosas debian de ser las víctimas que oscuramente gemian.

Los honores mismos, aunque grandes, que á las Vestales tributaban los Romanos, no prueban de su parte ningun sincero respeto á las virtudes femeninas ; y en todo caso no parece que nunca tales honras fueran por las doncellas muy apetecidas, puesto que el cuerpo de las Vestales se reclutaba poco mas ó menos como entre nosotros el egército. Requeríase para ingresar en el santuario que vivieran el padre y la madre de la novicia, y que nunca hubieran ejercido profesion alguna de las reputadas ignobles, ni mucho menos sido esclavos ; y en cuanto á ella misma, que no fuera tartamuda, ni sorda, ni padeciese enfermedad habitual, siendo de advertir que, así como hoy el soldado bajo las banderas dispensa á su hermano del servicio militar, en Roma la Vestal eximia á su hermana del sacerdocio. Mas en la ceremonia misma de su ingreso en el Templo, la violencia estaba, por decirlo así, confirmada por la fórmula que el Pontífice usaba, diciendo al tender la mano sobre la víctima — ¿ cómo llamarla sinó ? — por la suerte designada : — « Yo te tomo » ! — Y en efecto arrebatábasela á su familia, *tomábala* como se toma cautivos en la guerra á los vencidos, y llevábasela como á estos consigo á sus reales.

¿ A qué puede atribuirse ese desprecio profesado por una parte de la humanidad al resto de ella, durante toda la antigüedad, y tanto en el Oriente, como en el Occidente ? Por nuestra parte no acertamos á asignarle otra causa á tan triste fenómeno, mas que á la preponderancia de lo físico sobre lo moral en el orden de las ideas y de los sentimientos, y

á la esclavitud, que de continuo excita al fuerte á abusar de su fuerza con el débil, en el orden de los hechos. Reservada le estaba la gloria de abolir la esclavitud y de reintegrar á la muger en sus naturales derechos al Cristianismo solo, mal que les pese á escritores preocupados, y que, extraviados por un mezquino sistemático espíritu, se niegan á la evidencia de los hechos. Ciertamente de las ideas á los hechos, de la teoría á la práctica es larga la distancia ; porque el interés lucha contra la moral, y tuerce la justicia. En verdad el Evangelio nada dice explícitamente en la materia : pero el Reino de Cristo no es de este mundo, y bastábale al Señor arrojar en los corazones la semilla, dejando á la fe el cuidado de hacerla en ellos fructificar. La Religion, por otra parte, careciendo de medios directos para extirpar la iniquidad que nos ocupa, hubo forzosamente de limitarse á combatirla con sus consejos y sin otra fuerza que la persuasion. ¿ Qué historiador imparcial no reconoce que la Iglesia hizo lo que era de su deber y estaba en su mano, en la materia ? — « La mayor parte de las fórmulas de *manumission* de los esclavos, en diferentes épocas (escribe Mr. Guizot) se fundan en algun motivo religioso ; en nombre de ideas de ese orden, en virtud de esperanzas para el porvenir, y en consideracion á la igualdad religiosa, se otorga casi siempre la libertad á los esclavos. »

Por mas que se diga, y sea como lo es cierto, que los vestigios de la esclavitud, ó si se quiere de la servidumbre, se perpetuaron hasta fines del último pasado siglo, y aunque se añada que aun hoy existen en mas de un pueblo ; por mas que se pretenda que la civilizacion moderna sola es la que en realidad ha extirpado aquellos males de la mayor parte del mundo civilizado : hay notoria injusticia en negarle al *Cristianismo* la gloriosa y radical parte que en ese triunfo del bien le toca. Toda civilizacion tiene su origen en una idea religiosa ; y no es mas que una *Idea* cuyas consecuencias se desenvuelven y á práctica se reducen. Porque las consecuencias sean complejas ¿ hemos de olvidar su origen ? — Si las